

Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo de Medici*

Quienes desean conquistar el favor de un príncipe suelen salirle al encuentro, las más de las veces, con aquellas cosas a las que confieren más valor o ante las cuales le ven deleitarse en mayor medida. Por eso vemos muchas veces que les son presentados caballos, armas, vestimentas doradas, piedras preciosas y adornos semejantes dignos de su eminente posición. Deseando yo, por tanto, ofrecerme a Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi afecto y obligación hacia Vos, no he encontrado entre mis pertenencias cosa alguna que considere más valiosa o estime tanto como el conocimiento de las accio-

* En el original en latín: *Nicolaus Maclavelles/ad Magnificum Laurentium Medicem.*

nes de los grandes hombres, adquirido por mí mediante una larga experiencia de las cosas modernas y una continua lectura de las antiguas¹: tras haberlas estudiado y examinado durante largo tiempo con gran diligencia, las envío ahora —compendiadas en un pequeño volumen— a Vuestra Magnificencia.

Y aunque juzgo que esta obra no merece ser presentada ante Vos, sin embargo, tengo plena confianza en que vuestra magnanimidad la aceptará, teniendo en cuenta que no puedo hacerle mejor ofrenda que darle la facultad de poder en brevísimo plazo de tiempo aprender todo aquello que yo he conocido y aprendido a lo largo de tantos años y con tantas privaciones y peligros. Esta obra no la he adornado ni hinchado con amplios períodos o con palabras ampulosas y solemnes, o con cualquier otro rebuscamiento u ornamento superfluo, recursos con los que muchos suelen describir y adornar sus obras. Yo, por mi parte, he querido o que nada la distinga o que tan sólo la haga grata la singularidad de la materia y la importancia del tema. Tampoco quisiera que se tuviera por presunción el que un hombre de baja e ínfima condición se atreva a examinar y reglamentar el gobierno de los príncipes, porque así como quienes dibujan el paisaje se sitúan en el punto más bajo de la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares elevados, y para estudiar la de las bajas planicies ascienden al punto más elevado de los montes, de la misma forma, para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es necesario ser príncipe y para conocer bien la de los príncipes es necesario formar parte del pueblo.

Acoja, pues, Vuestra Magnificencia esta pequeña ofrenda con el mismo ánimo con que yo se la envío, pues

si hace de ella un estudio y lectura diligente, reconocerá en su interior un profundo anhelo mío: que alcancéis esa grandeza que la fortuna y las restantes cualidades vuestras os prometen. Y si Vuestra Magnificencia, desde el ápice de su elevado sitio, posa en alguna ocasión los ojos sobre estos bajos lugares, reconocerá cuán inmerecidamente soporto una enorme y continua malignidad de la fortuna?

que está en campaña con sus ejércitos, que se nutre de botines, de saqueos, de impuestos extraordinarios, maneja lo de los demás y le es necesario usar de esta liberalidad, pues de lo contrario sus soldados no le seguirían. Y con aquello que no es tuyo ni de tus súbditos se puede ser considerablemente más generoso. Así hicieron Ciro, César y Alejandro, porque el gastar lo de otros no te quita consideración, antes te la aumenta. Solamente el gastar lo tuyo te perjudica, y no hay cosa que gaste a uno más que la liberalidad, pues mientras la usas pierdes la capacidad de usarla²⁰, y te haces o pobre y digno de desprecio o, por huir de la pobreza, rapaz y odioso. Y entre todas las cosas de las que un príncipe debe guardarse se encuentran el ser digno de desprecio y odioso. Ahora bien, la liberalidad te lleva a lo uno y a lo otro. Por tanto, es más sabio ganarse la fama de tacaño, que engendra un reproche sin odio, que por mor de la fama de liberal verse obligado a incurrir en la fama de rapaz, que engendra un reproche al que va unido el odio.

XVII. De la crueldad y de la clemencia, y si es mejor ser amado que temido o viceversa*

Descendiendo a los otros rasgos mencionados, digo que todo príncipe debe desear ser temido por clemente y no por cruel, pero, no obstante, debe estar atento a no hacer mal uso de esta clemencia. César Borgia era considerado cruel y, sin embargo, su crueldad restableció el or-

* *De crudelitate et clementia; et an sit melius amari timeri, vel e contra.*

den en la Romaña, restauró la unidad y la redujo a la paz y a la lealtad al soberano. Si se examina correctamente todo ello, se verá que el duque había sido mucho más clemente que el pueblo florentino, que por evitar la fama de cruel permitió, en última instancia, la destrucción de Pistoya. Debe, por tanto, un príncipe no preocuparse de la fama de cruel si a cambio mantiene a sus súbditos unidos y leales. Porque, con poquísimos castigos ejemplares, será más clemente que aquellos otros que, por excesiva clemencia, permiten que los desórdenes continúen, de lo cual surgen siempre asesinatos y rapiñas; pues bien, estas últimas suelen perjudicar a toda la comunidad, mientras las ejecuciones ordenadas por el príncipe perjudican sólo a un particular. Y de entre todos los príncipes, al príncipe nuevo le resulta imposible evitar la fama de cruel por estar los Estados nuevos llenos de peligros. Ya Virgilio nos dice por boca de Dido:

*Res dura, et regni novitas me talia cogunt
moliri, et late fines custode tueri*²¹.

No obstante, debe ser ponderado en sus reflexiones y en sus movimientos, sin crearse temores imaginarios y actuando mesuradamente, con prudencia y humanidad, para que la excesiva confianza no lo haga incauto ni la excesiva desconfianza lo vuelva intolerable.

Nace de aquí una cuestión ampliamente debatida²²; si es mejor ser amado que temido o viceversa. Se responde que sería menester ser lo uno y lo otro; pero puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de renunciar

a una de las dos. Porque, en general, se puede decir de los hombres lo siguiente: son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancia, y mientras les haces favores son todo tuyos, te ofrecen la sangre, los bienes, la vida, los hijos —como anteriormente dije— cuando la necesidad está lejos; pero cuando se te viene encima vuelve la cara. Y aquel príncipe que se ha apoyado enteramente en sus promesas, encontrándose desnudo y desprovisto de otros preparativos, se hunde: porque las amistades que se adquieren a costa de recompensas y no con grandeza y nobleza de ánimo, se compran, pero no se tienen, y en los momentos de necesidad no se puede disponer de ellas. Además, los hombres vacilan menos en hacer daño a quien se hace amar que a quien se hace temer, pues el amor emana de una vinculación basada en la obligación, la cual (por la maldad humana) queda rota siempre que la propia utilidad da motivo para ello, mientras que el temor emana del miedo al castigo, el cual jamás te abandona³. Debe, no obstante, el príncipe hacerse temer de manera que si le es imposible ganarse el amor, consiga evitar el odio, porque puede combinarse perfectamente el ser temido y el no ser odiado. Conseguirá esto siempre que se abstenga de tocar los bienes de sus ciudadanos y de sus súbditos, y sus mujeres. Y si a pesar de todo le resulta necesario proceder a ejecutar a alguien, debe hacerlo cuando haya justificación oportuna y causa manifiesta. Pero, por encima de todas las cosas, debe abstenerse siempre de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio. Además, motivos para arrebata-

tar los bienes no faltan nunca y el que comienza a vivir con rapiña encontrará siempre razones para apropiarse de lo que pertenece a otros; por el contrario, motivos para ejecutar a alguien son más raros y pasan con más rapidez.

Pero cuando el príncipe se encuentra con los ejércitos y tiene a sus órdenes multitud de soldados, entonces es absolutamente necesario que no se preocupe de la fama de cruel, porque, de lo contrario, nunca mantendrá al ejército unido ni dispuesto a acometer empresa alguna. Entre las admirables acciones de Aníbal se enumera precisamente ésta: con un ejército inmenso, formado por infinitas clases de hombres, llevado a combatir a un país extranjero, jamás surgió en ese ejército disensión alguna ni en su seno ni contra el príncipe, tanto en los momentos de mala como de buena fortuna. La causa no era otra que su inhumana crueldad, la cual, junto con sus otras muchas cualidades, lo mantuvo siempre ante los ojos de sus soldados temido y respetado; sin ella no hubieran bastado sus otras cualidades para conseguir aquel resultado. Los historiadores poco reflexivos alaban, por un lado, este logro suyo, y, por otro, condenan la causa principal del mismo. Y que es cierto que sus otras cualidades no hubieran bastado se puede comprobar en Escipión, hombre singularísimo no sólo en su tiempo, sino en todas las épocas de las que tenemos memoria. A Escipión se le rebelaron los ejércitos en España y la causa no fue otra que su excesiva clemencia, que introdujo entre sus soldados más licencia de lo que convenía a la disciplina militar. Ello hizo que Fabio Máximo lo recriminara en el Senado, llamándolo corruptor de las tropas romanas.

Por otra parte, destruidos los locrios por un legado suyo, ni reparó el agravio ni corrigió la insubordinación de aquel legado, todo lo cual venía dado por aquella naturaleza suya blanda y flexible hasta tal punto que alguien pretendió excusarlo en el Senado diciendo que había muchos hombres que sabían mejor no errar que corregir los errores. Esta naturaleza suya habría manchado con el tiempo su fama y su gloria de haber seguido severando en ella en el ejercicio del mando; pero, actuando bajo las órdenes del Senado, esta peculiaridad suya perjudicial no sólo quedó oculta, sino que le reportó gloria.

Concluyo, por tanto, volviendo a lo relativo a ser amado y temido, que —como los hombres aman según su voluntad y temen según la voluntad del príncipe— un príncipe prudente debe apoyarse en aquello que es suyo y no en lo que es de otros. Debe tan sólo ingeniárselas, como hemos dicho, para evitar ser odiado.

XVIII. De qué modo han de guardar los príncipes la palabra dada*

Cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y comportarse con integridad y no con astucia, todo el mundo lo sabe. Sin embargo, la experiencia muestra en nuestro tiempo que quienes han hecho grandes cosas han sido los príncipes que han tenido pocos miramientos hacia sus propias promesas y que han sabido burlar

* *Quomodo fides a principibus sit servanda.*

con astucia el ingenio de los hombres. Al final han superado a quienes se han fundado en la lealtad.

Debéis, pues, saber que existen dos formas de combatir: la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia del hombre; la segunda, de las bestias; pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda. Por tanto, es necesario a un príncipe saber utilizar correctamente la bestia y el hombre. Este punto fue enseñado veladamente a los príncipes por los antiguos autores, los cuales escriben cómo Aquiles y otros muchos de aquellos príncipes antiguos fueron entregados al centauro Quirón para que los educara bajo su disciplina. Esto de tener por preceptor a alguien medio bestia y medio hombre no quiere decir otra cosa sino que es necesario a un príncipe saber usar una y otra naturaleza y que la una no dura sin la otra.

Estando, por tanto, un príncipe obligado a saber utilizar correctamente la bestia, debe elegir entre ellas la zorra y el león, porque el león no se protege de las trampas ni la zorra de los lobos. Es necesario, por tanto, ser zorra para conocer las trampas y león para amedrentar a los lobos. Los que solamente hacen de león no saben lo que se llevan entre manos⁵⁴. No puede, por tanto, un señor prudente —ni debe— guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero —puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra— tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya. Además, jamás faltaron a un príncipe razones legítimas con las que disfrazar la violación de sus promesas. Se po-

en ellos, en primer lugar, una debilidad común en lo concerniente a la organización militar por las causas que ya hemos examinado anteriormente. Pero, además, vemos que algunos de ellos o tenían al pueblo por enemigo, o, si lo tenían de su parte, no han sabido guardarse de los grandes, pues sin estas limitaciones no se pierden Estados que tienen recursos suficientes para mantener un ejército en campaña. Filipo de Macedonia —no el padre de Alejandro, sino el que fue derrotado por Tito Quinto— poseía un Estado menor en comparación con el poder y la extensión de Roma y Grecia que, unidas, procedieron a atacarle. Sin embargo, como era un hombre de guerra que sabía, además, tener contento al pueblo y guardarse de los nobles, sostuvo la guerra contra ellos durante muchos años, y, aunque al final perdió el dominio de alguna ciudad, conservó, no obstante, el reino.

Por tanto, estos príncipes nuestros que durante muchos años habían conservado sus principados, pero que han terminado por perderlos, no deben echar la culpa de ello a la fortuna, sino a su propia indolencia⁷⁰, porque no habiendo pensado nunca en tiempo de paz que podían sobrevenir cambios (es un defecto común entre los hombres no tener en cuenta la tempestad cuando la mar está en calma), cuando después vinieron tiempos adversos sólo pensaron en huir y no en defenderse, pensando que el pueblo —alzado contra las afrentas del vencedor— terminaría por llamarles de nuevo. Este partido es bueno si fallan los otros, pero es absolutamente erróneo tomarlo a costa de abandonar los otros remedios, porque nadie desea nunca caer por la esperanza de encontrar quien lo levante. Esto o no sucede o, si sucede, te ves enfrentado

a un gran peligro, por tratarse de una forma de defensa cobarde que, además, no depende de ti. Solamente son buenas, solamente son seguras, solamente son duraderas aquellas formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu propia virtud.

XXXV. En qué medida están sometidos a la fortuna los asuntos humanos y de qué forma se les ha de hacer frente*

No se me oculta que muchos han tenido y tienen la opinión de que las cosas del mundo están gobernadas por la fortuna y por Dios hasta tal punto que los hombres, a pesar de toda su prudencia, no pueden corregir su rumbo ni oponerles remedio alguno. Por esta razón podrían estimar que no hay motivo para esforzarse demasiado en las cosas, sino más bien para dejar que las gobierne el azar. Esta opinión ha encontrado más valedores en nuestra época a causa de los grandes cambios que se han visto y se ven cada día por encima de toda posible conjuntura humana. Yo mismo, pensando en ello de vez en cuando, me he inclinado en parte hacia esta opinión⁷¹. No obstante, para que nuestra libre voluntad no quede anulada, pienso que puede ser cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de las acciones nuestras, pero la otra mitad, o casi, nos es dejada, incluso por ella, a nuestro control. Yo la suelo comparar a uno de esos ríos torren-

* *Quantum fortuna in rebus humanis possit, et quomodo illis sit occurrendum.*

ciales que, cuando se enfurecen, inundan los campos, tiran abajo árboles y edificios, quitan terreno de esta parte y lo ponen en aquella otra: los hombres huyen ante él, todos cedan a su ímpetu sin poder plantearle resistencia alguna. Y aunque su naturaleza sea ésta, eso no quita, sin embargo, que los hombres, cuando los tiempos están tranquilos, no puedan tomar precauciones mediante diques y espigones de forma que en crecidas posteriores, o discurrirían por un canal, o su ímpetu ya no sería ni tan salvaje ni tan perjudicial. Lo mismo ocurre con la fortuna: ella muestra su poder cuando no hay una virtud organizada y preparada para hacerle frente y por eso vuelve sus ímpetus allá donde sabe que no se han construido los espigones y los diques para contenerla. Y si ahora dirigís vuestra atención hacia Italia, el escenario de los cambios que he mencionado y quien les ha dado el movimiento, veréis que es un campo sin diques y sin defensa alguna: pues si hubiera estado resguardada por la necesaria virtud —al igual que Alemania, España o Francia— o esta inundación no hubiera originado los grandes cambios que ha ocasionado o ni siquiera hubiera tenido lugar. Y con esto quiero que baste por lo que se refiere al hacer frente a la fortuna en general⁷².

Pero, ciñéndome más a los diferentes casos particulares, digo que se ve a los príncipes prosperar hoy y caer mañana, sin que se haya apreciado cambio alguno en su naturaleza o en sus cualidades. Creo que la causa de esto reside, en primer lugar, en las razones expuestas ampliamente con anterioridad, es decir, que aquellos príncipes que se apoyan únicamente en la fortuna se hundén tan pronto como ella cambia. Creo, además, que prospera

aquel que armoniza su modo de proceder con la condición de los tiempos y que, paralelamente, decae aquel cuya conducta entra en contradicción con ellos. Porque se puede apreciar que los hombres proceden de distinta manera para alcanzar el fin que cada uno se ha propuesto, esto es, gloria y riquezas: uno actúa con precaución, el otro con ímpetu; el uno con violencia, el otro con astucia; el uno con paciencia, el otro al revés, y, a pesar de estos diversos procedimientos, todos pueden alcanzar su propósito. Incluso se ve que de dos personas precavidas la una alcanza su objetivo y la otra no; de la misma forma otros dos pueden prosperar en medida paralela, a pesar de que sus modos de proceder son contrarios, siendo uno de ellos precavido y el otro impetuoso. La causa se halla sencillamente en la condición de los tiempos, conforme o no con su modo de proceder. De ahí que, como he dicho, dos hombres consigan el mismo resultado a pesar de actuar de manera opuesta y que, en cambio, de otros dos, aun actuando de manera idéntica, el uno alcance su propósito y el otro no. De aquí nacen también los cambios de fortuna: si un hombre actúa con precaución y paciencia, y los tiempos y las cosas van de manera que su forma de proceder es buena, va progresando; pero si los tiempos y las cosas cambian, se viene abajo porque no cambia de manera de actuar. No existe hombre tan prudente que sepa adaptarse hasta este punto: en primer lugar, porque no puede desviarse de aquello a lo que le inclina su propia naturaleza, y, en segundo lugar, porque al haber prosperado siempre caminando por un único camino no se puede persuadir de la conveniencia de alejarse de él. Por eso el hombre precavido, cuando

llega el tiempo de echar mano al ímpetu, no lo sabe hacer y por lo tanto se hundé⁷³. Si se cambiase la naturaleza de acuerdo con los tiempos y las cosas, nunca cambiaría la fortuna.

El papa Julio procedió en todas sus empresas impetuosamente y encontró los tiempos y las cosas tan conformes a su modo de proceder que siempre salió con éxito. Examinad su primer ataque contra Bolognia, cuando todavía vivía *messer Giovanni Bentivoglio*: los venecianos estaban en contra, el rey de España también y mantenía conversaciones con Francia al respecto. Sin embargo, se lanzó personalmente al ataque con su peculiar fiereza e ímpetu. Su acción dejó suspensos e inmóviles a España y a los venecianos; a éstos por miedo y a la primera por el deseo que tenía de recuperar todo el reino de Nápoles. Por la otra parte, arrastró tras de sí al rey de Francia, porque viendo que el papa se ponía en acción y deseando hacerlo su aliado para someter a los venecianos, estimó que no podía negarle la ayuda de sus tropas sin ofenderlo abiertamente. Con su acción impetuosa consiguió, pues, Julio lo que jamás otro pontífice habría conseguido con toda la prudencia humana. Porque si hubiera esperado a partir de Roma con los acuerdos sellados y todas las cosas bien organizadas, como hubiese hecho cualquier otro pontífice, jamás hubiera logrado su propósito, ya que el rey de Francia habría tenido mil excusas y los demás le hubieran infundido mil temores. No voy a entrar en sus restantes acciones, pues todas han sido del mismo estilo y todas le han salido bien; la brevedad de su vida no le ha permitido, además, experimentar lo contrario, puesto que si hubieran venido tiempos que hicieran

necesario proceder con precaución, hubiéramos asistido a su ruina, pues nunca se habría desviado de los procedimientos a que su naturaleza lo inclinaba.

Concluyo, por tanto, que —al cambiar la fortuna y al permanecer los hombres obstinadamente apegados a sus modos de actuar— prosperan mientras hay concordancia entre ambos y vienen a menos tan pronto como empiezan a separarse. Sin embargo, yo sostengo firmemente lo siguiente: vale más ser impetuoso que precavido porque la fortuna es mujer y es necesario, si se quiere tenerla suelta, castigarla y golpearla. Y se ve que se deja someter antes por éstos que por quienes proceden fríamente. Por eso siempre es, como mujer, amiga de los jóvenes, porque éstos son menos precavidos y sin tantos miramientos, más ferros y la dominan con más audacia.

XXXVI. Exhortación a ponerse al frente de Italia y liberarla de los bárbaros*

Tras reflexionar, pues, sobre todas las cosas expuestas hasta aquí, y pensando conmigo mismo si en Italia, en el momento actual, corrían tiempos que permitieran a un nuevo príncipe obtener honor y si había aquí materia que diera a un hombre prudente y capaz la oportunidad de introducir en ella una forma que le reportara a él honor y bien a la totalidad de los hombres de Italia, me parece que concurren tantas cosas en favor de un príncipe

* *Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam.*

3. *Qué acontecimientos provocaron la creación de los tribunos de la plebe en Roma y cómo se perfeccionó la república.*

Como demuestran todos los que han meditado sobre la vida política y los ejemplos de que está llena la historia, es necesario que quien dispone una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos, y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente; y aunque alguna maldad permanezca oculta por un tiempo, por provenir de alguna causa escondida que, por no tener experiencia anterior, no se percibe, siempre la pone al descubierto el tiempo, al que llaman padre de toda verdad.

Parecía haber en Roma, tras la expulsión de los Tarquinos, una grandísima unión entre la plebe y el senado⁶, como si los nobles hubiesen depuesto su soberbia y se hubiesen vuelto de espíritu popular, tolerables para cualquiera, por ínfimo que fuese. Esta impresión engañosa nacía de causas que permanecieron ocultas mientras vivieron los Tarquinos, pues la nobleza, temiendo a éstos, por un lado, y teniendo miedo, por otra parte, de que la plebe no se le uniese si era maltratada, se portaba humanamente con ella, pero apenas murieron los Tarquinos y se desvaneció el temor de los nobles, comenzaron a escupir contra la plebe el veneno que habían escondido en su pecho, y la ofendían de todas las maneras posibles⁷. Esto da fe de lo que comentaba anteriormente, cuando afirmaba que los

6. En efecto, Tito Livio habla del acuerdo perfecto entre la plebe y la nobleza y de la comunidad de intereses que les unía, y manifiesta que las primeras medidas del senado, tras la expulsión de los reyes, contribuyeron grandemente «a mantener la concordia en el Estado y a unir al pueblo con los senadores» (Libro II, cap. 1).

7. Tito Livio escribe que, nada más conocerse la noticia de la muerte de Tarquino, noticia que alegró por igual al senado y al pueblo, la plebe, que había sido tratada con miramientos, comenzó a ser «objeto de la opresión de los grandes» (Libro II, cap. 21).

hombres sólo obran bien por necesidad, pero donde se puede elegir y hay libertad de acción se llena todo, inmediatamente, de confusión y desorden. Por eso se dice que el hambre y la pobreza hacen ingeniosos a los hombres y las leyes los hacen buenos. Y cuando una cosa marcha bien por sí misma no es necesaria la ley, pero en cuanto desaparece esa buena costumbre, la ley se hace necesaria con urgencia. Por eso, en cuanto faltaron los Tarquinos, que ponían freno a la nobleza con el temor, fue preciso buscar un nuevo orden que hiciese el mismo efecto que los Tarquinos cuando vivían. Y así, tras mucha confusión, alborotos y peligros que surgieron entre la plebe y la nobleza, se llegó a la creación de los tribunos, para salvaguardia de la plebe, y fueron instituidos con tanta preeminencia y reputación que pudieran actuar de intermediarios entre la plebe y el senado y frenar la insolencia de los nobles.

4. *Que la desunión entre la plebe y el senado romano hizo libre y poderosa a aquella república.*

No quiero pasar por alto los tumultos que hubo en Roma desde la muerte de Tarquino hasta la creación de los tribunos, contradiciendo la opinión de muchos que afirman que Roma era una república alborotadora y tan llena de confusión que, si la buena suerte y la virtud militar no hubieran superado sus defectos, hubiera sido inferior a cualquier otra república. No puedo negar que la fortuna y la milicia fueran causas del imperio romano, pero creo que no se dan cuenta de que, donde existe un buen ejército, suele haber una buena organización, y así, raras veces falta la buena fortuna. Pero vayamos a las particularidades de aquella ciudad. Creo que los que condenan los tumultos entre los nobles y la plebe atacan lo que fue la causa principal de la libertad de Roma, se fijan más en los ruidos y gritos que nacían de esos tumultos que en los buenos efectos que produjeron, y consideran que

en toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos, como se puede ver fácilmente por lo ocurrido en Roma, pues de los Tarquinos a los Gracos transcurrieron más de trescientos años, y, en ese tiempo, las disensiones de Roma raras veces comportaron el exilio, y menos aún la pena capital. Por tanto, no podemos juzgar nocivos esos tumultos, ni considerar dividida una república que, en tanto tiempo, no mandó al exilio, como consecuencia de sus luchas internas, más que a ocho o diez ciudadanos, ejecutó a poquísimos y ni siquiera multó a muchos. No se puede llamar, en modo alguno, desordenada una república donde existieron tantos ejemplos de virtud, porque los buenos ejemplos nacen de la buena educación, la buena educación de las buenas leyes, y las buenas leyes de esas diferencias internas que muchos, desconsideradamente, condenan, pues quien estudie el buen fin que tuvieron encontrará que no engendraron exilios ni violencias en perjuicio del bien común, sino leyes y órdenes en beneficio de la libertad pública. Y si alguno dice que los medios fueron extraordinarios y casi feroces, pues se ve al pueblo unido gritar contra el senado, al senado contra el pueblo, correr tumultuosamente por las calles, saquear las tiendas, marcharse toda la plebe de Roma⁸, cosas estas que espantan, más que otra cosa, al que las lee, le respondo que toda ciudad debe arbitrar vías por donde el pueblo pueda desfogar su ambición, sobre todo las ciudades que quieran valerse del pueblo en los asuntos importantes; de éstas era la ciudad de Roma, que lo hacía de esta manera: cuando el pueblo quería que se promulgase alguna ley, o protestaba en la forma que hemos descrito o se negaba a enrolarse para ir a

8. Se refiere particularmente a los desórdenes que culminaron con el atrincheramiento de la plebe fuera de la ciudad, en el monte Sacro, el año 494 a.C. (véase Tito Livio, Libro II, caps. 27 a 33).

la guerra, de modo que era preciso aplacarlo satisfaciendo, al menos en parte, sus peticiones. Además, los deseos de los pueblos libres raras veces son dañosos a la libertad, porque nacen, o de sentirse oprimidos, o de sospechar que puedan llegar a estarlo. Y si estas opiniones fueran falsas queda el recurso de las palabras, encomendando a algún hombre honrado que, hablándoles, les demuestre que se engañan, pues los pueblos, como dice Tulio, aunque sean ignorantes, son capaces de reconocer la verdad, y ceden fácilmente cuando la oyen de labios de un hombre digno de crédito⁹.

Por eso se debe criticar con mayor moderación el gobierno romano, considerando que tantos buenos efectos no se derivaron sino de óptimas causas. Y si los tumultos fueron causa de la creación de los tribunos merecen suma alabanza, pues además de dar su parte al pueblo en la administración, se constituyeron en guardianes de la libertad romana, como se demostrará en el siguiente capítulo.

5. *¿Dónde se resguardará más seguramente la libertad, en el pueblo o entre los grandes, y quiénes tienen mayores motivos para causar tumultos, o quiénes quieren conquistar y quiénes mantener?*

Los que organizan prudentemente una república, consideran, entre las cosas más importantes, la institución de una garantía de la libertad, y según sea más o menos acertada, durará más o menos el vivir libre. Y como en todas las repú-

9. No localizo el lugar en que Cicerón hace esa afirmación concreta, pero esa confianza en el poder de la verdad para imponerse por sí misma, en su capacidad de convicción (que se acentúa aún más si quien la pone de manifiesto es de fiar, pero que no depende exclusivamente de ello) es característica del sentido romano de la elocuencia, fuertemente teñido de ética y recuperado con entusiasmo por los retóricos renacentistas.

blicas hay magnates y pueblo, existen dudas acerca de en qué manos estaría mejor colocada esa vigilancia. Los lacedemonios y, en nuestros días, los venecianos, la ponen en manos de los nobles; en cambio los romanos la confiaron a la plebe.

Es necesario, pues, analizar cuál de estas repúblicas hizo mejor elección. Y en cuanto a los motivos, unas y otras los tienen razonables, pero si vemos sólo los resultados, nos inclinaremos por los nobles, porque la libertad de Esparta y de Venecia tuvo una vida más larga que la de Roma. En cuanto a las razones, colocándome, en primer lugar, del lado de los romanos, creo que se debe poner como guardianes de una cosa a los que tienen menos deseo de usurparla. Y, sin duda, observando los propósitos de los nobles y de los plebeyos, veremos en aquéllos un gran deseo de dominar, y en éstos tan sólo el deseo de no ser dominados, y por consiguiente mayor voluntad de vivir libres, teniendo menos poder que los grandes para usurpar la libertad. De modo que, si ponemos al pueblo como guardián de la libertad, nos veremos razonablemente libres de cuidados, pues, no pudiéndola tomar, no permitirá que otro la tome. Por otro lado, los que defienden el orden espartano y véneto dicen que los que ponen la vigilancia en manos de los poderosos hacen dos cosas buenas: la una satisfacer más la ambición de los nobles, que teniendo más participación en la república, por tener en sus manos ese bastón de mando, tienen más razones para contentarse; la otra, que quitan un cargo de autoridad de los ánimos inquietos de la plebe, que son causa de infinitas disensiones y escándalos en una república y que pueden reducir a la nobleza a una desesperación que tendría efectos muy nocivos. Y ponen como ejemplo a la propia Roma, que por haber puesto esta autoridad en manos de los tribunos de la plebe, no les bastó con tener un cónsul plebeyo, sino que pretendieron que lo fueran los dos; luego quisieron que fueran partidario suyos el censor, el pretor y todas las otras dig-

nidades del gobierno de la ciudad¹⁰, y no bastándoles esto, llevados por el mismo furor, comenzaron, con el tiempo, a adorar a los hombres que consideraban aptos para derrotar a la nobleza, de donde nació el poder de Mario y la ruina de Roma. Y ciertamente, considerando bien lo uno y lo otro, podríamos dudar al elegir un guardián para la libertad, sin saber qué tipo de hombre es más perjudicial para la república, el que desea mantener el honor ya adquirido o el que quiere adquirir el que no tiene.

Por fin, quien analice todo sutilmente acabará por llegar a esta conclusión: podemos hablar de una república que quiere construir un imperio, como Roma, o de otra a la que le baste con conservarse en su estado. En el primer caso es preciso imitar lo que hizo Roma, y en el segundo se puede copiar a Venecia y Esparta, por los motivos y del modo que se verá en el próximo capítulo.

Y volviendo a la cuestión de qué hombres son más perjudiciales para la república, si los que quieren adquirir o los que temen perder lo adquirido, digo que, cuando se nombró dictador a Marco Menenio, y jefe de los caballeros a Marco Fulvio (los dos eran plebeyos) para investigar ciertas conjuras que se fraguaban en Capua contra Roma¹¹, el pueblo les dio también autoridad para perseguir a los que, en la propia

10. Como cuenta Livio en su libro VI, los tribunos de la plebe consiguieron que se votara una ley por la cual, obligatoriamente uno de los dos cónsules debía ser plebeyo. Esto sucedió en 37 a.C., y el primer cónsul plebeyo fue Sestio. Dice Livio que los patricios, al principio, no quisieron aceptar al nuevo cónsul y que «el pueblo estuvo a punto de retirarse, después de haber hecho espantosas amenazas de guerra civil». En el siglo II a.C. se eligieron alguna vez dos cónsules plebeyos, pero de forma excepcional. El cuestor y el pretor limitaban el poder de los cónsules. Al principio, sólo podían ser elegidos entre los patricios, pero más tarde comenzaron los plebeyos a optar a estos cargos. La ley Hortensia, del 287 a.C., confirmaba su derecho a tal elección.

11. Lo cuenta Livio en el libro IX. El peligro era grande, pues Roma, en plena guerra contra los samnitas, debía hacer frente a la defección de

Roma, por ambición y haciendo uso de medios excepcionales, se las ingeniasen para alcanzar el consulado y otros honores. La nobleza juzgaba que tal autoridad le había sido otorgada al dictador ilegalmente, y se dedicó a esparcir por la ciudad el rumor de que no eran los nobles los que buscaban los honores por ambición y de forma desacostumbrada, sino lo plebeyos, que, como desconfiaban de su sangre y su virtud, buscaban caminos extraordinarios para acceder a aquellos grados, acusando particularmente de ello al dictador. Y tan poderosa fue aquella acusación que Menenio, después de un discurso en el que se dolía de la calumnia difundida por los nobles, depuso la dictadura y se sometió al juicio del pueblo, y, vista su causa, fue absuelto, lo que dio origen a disputas sobre quién es más ambicioso, el que quiere mantener o el que quiere conquistar, pues fácilmente ambos apetitos pueden ser causa de grandísimos tumultos. Éstos, sin embargo, son causados la mayoría de las veces por los que poseen, pues el miedo de perder genera en ellos las mismas ansias que agitan a los que desean adquirir, porque a los hombres no les parece que poseen con seguridad lo que tienen si no adquieren algo más. A esto se añade que, teniendo mucho, tienen también mayor poder y operatividad para organizar alteraciones. Más aún: sus maneras descorteses y soberbias encienden en el pecho de los desposeídos la ambición de poseer, o para vengarse de ellos despojándolos, o para acceder a esas riquezas y honores que ven mal empleados en los otros.

varios de sus aliados, y a la conjura fraguada por los aristócratas de Capua. Ésta fue rápidamente desarticulada por el nuevo dictador, y sus dos jefes se suicidaron. Sucedió en el año 314 a.C. Livio prosigue con la nobleza e incluyendo un bello discurso ex-

6. *Si en Roma se podía instituir un gobierno que acabase rápidamente con la enemistad entre el pueblo y el senado.*

Hemos tratado ya de las consecuencias que tuvieron las controversias entre el pueblo y el senado. Pero como éstas siguieron hasta la época de los Gracos, en que fueron causa de la ruina de la libertad, podría alguien desear que Roma hubiera obtenido aquellos grandes efectos sin que hubieran existido tales enemistades. Por eso me parece algo digno de consideración ver si en Roma se hubiera podido organizar un estado que evitase las citadas controversias. Y para examinar esto, es preciso recurrir a las repúblicas, que, sin tantas enemistades y tumultos, han permanecido libres por mucho tiempo, y ver qué forma de gobierno tienen y si se hubiera podido introducir en Roma. Los ejemplos, ya citados por mí, son Esparta entre los antiguos y Venecia entre los modernos. Esparta instituyó un rey con un pequeño senado que la gobernase. Venecia no ha dividido el gobierno verbalmente, sino que todos los que pueden encargarse de la administración se unen bajo el apelativo de patricios, lo que es producto del azar más que de la prudencia de sus legisladores, pues, habiéndose refugiado, por las causas que dijimos, arriba, muchos habitantes en las lagunas donde ahora está la ciudad, como su número había crecido tanto que necesitaban unas leyes si querían vivir juntos, convinieron en una forma de gobierno, y juntándose a menudo en consejo para deliberar sobre los asuntos de la ciudad, cuando les pareció que eran suficientes para constituir un orden público, cerraron el acceso al gobierno a todos los que se incorporaron posteriormente a la comunidad, y, con el tiempo llegó a haber muchos habitantes fuera del gobierno y, por dar honra a los que gobernaban, los llamaron patricios, y a los otros, populares. Este tipo de gobierno puede nacer y mantenerse